

que proceder de otro modo. Tal es, negar á Dios en Jesucristo y lo sobrenatural en el Evangelio, por medio de una presuposición que implique la negación de Dios en la de lo sobrenatural, haciéndola pasar sin discusión; pero "con unción y devotamente....." ¡Oh! ¡qué maniobra tan franca!

Así, la *Vida de Jesus* sorprende la religiosidad del lector frívolo. Oculta el horrible semblante del ateísmo entre el humo del incienso; pero lo denuncia la misma profusión de lo divino.

Si gustais de lo divino

Por do quiera se prodiga.

A la manera que esas esencias perfumadas de que habla Juvenal, que revelan por su excesiva abundancia el mal que sufre el que abusa de ellas:

*Qui bene olet, male olet.*

Hé aquí el fondo de la *Vida de Jesus*.

Este es su método.

Tal es la cuestión.

El método tiene por procedimientos auxiliares la adivinación y la conjetura, la novela y el libelo, la teoría de la impostura y de la demencia. Pero tiene por *criterium* la negación indiscutible de posibilidad y de la esencia de lo sobrenatural, el ateísmo. Este es el crisol en que se vuelve legendaria la historia mas verídica, y en que el Cristo que adoran los ángeles se convierte en el que patrocina M. Renan.

¡La cuestión! No es ya que Jesus sea Dios, sino que exista Dios. No es ya saber si debemos volver al paganismo, sino si debemos volver á lo que horrorizaba al mismo paganismo.

Demostremos que debemos volver al Dios del Evangelio, al Hijo de Dios vivo, (1)

(1) MM. Renan y Havet se dan la mano con M. Proudhon, en su libro de la *Justicia en la revolución y en la Iglesia*. Este libro, en efecto, gira sobre la eliminación de Dios bajo el nombre de absoluto, de la conciencia humana, así como la *Vida de Jesus* gira sobre la eliminación de lo sobrenatural. Esto es lo que Proudhon llama la *Doctrina de la revolución*. No es decir que la revolución sea atea, según defiende M. Proudhon, diciendo: "La revolución no es atea, es *anti-theísta*, niega lo absoluto, lo expulsa, quiere librar de él á la Francia. M. Renan y M. Havet avanzan mas que M. Proudhon. Para ellos, lo sobrenatural, lo absoluto *no es nada*, no debe tenerse en cuenta para nada. No hay que eliminar á Dios haciendo la guerra; no existe, ó mejor, es la misma humanidad. Esto es mucho mas sencillo: "Lo absoluto de la justicia y de la razón solo se manifiesta en la humanidad. Considerado fuera de la humanidad este absoluto, es solo una abstracción; mirado en la humanidad, es una realidad. *Lo infinito solo existe cuando se reviste de una forma finita.*" (Artículo de M. Renan sobre la *metafísica* de M. Vacherot.)

## CAPITULO V.

# JESUCRISTO ES DIOS.

(Demostración preliminar sacada de lo que precede).

Esta obra no debe ser, según nuestro propósito, una simple polémica; no debemos limitarnos en ella á refutar únicamente la obra de M. Renan, de suerte que produzca tan solo el efecto de quedar borrado un libro por otro libro, el cual quede también eclipsado conseguido aquel objeto.

Queremos dar á nuestra obra un efecto duradero y que sobreviva; y por tanto, concluyente y afirmativo. Refutando la obra de M. Renan sobre la *Vida de Jesus*, queremos destruirla al mismo tiempo que conservarla; rechazarla y servirnos de ella; impedir que dañe y hacer que sirva á nuestra fé.

Ya en el capítulo segundo, en que hemos presentado en todo su valor la importancia de la cuestión, y en el capítulo tercero, en que hemos expuesto nuestro método, hemos preparado este trabajo de polémica en nuestra obra, ya en capítulos distintos, ya en el mismo capítulo.

Ahora, después de haber consagrado á la polémica gran parte del capítulo anterior, debemos en el presente, deducir y desprender de ella nuestras primeras afirmaciones.

Serán cortas, pero sencillas y sólidas, porque son las afirmaciones del buen sentido.

Jesucristo es Dios, decimos; esto resulta ya de la cuestión propuesta y del método que se emplea para negarlo.

Hé aquí como resulta de la cuestión.

I.  
Quiero conceder que sea esta una cuestión; lo cual es una verdadera concesión, si se considera seria é imparcialmente el fondo de las cosas. Porque, en fin, todas las grandes inteligencias de buena fé han abrazado la afirmativa, y la parte mas ilustrada del género humano marcha hace diez y ocho siglos por la verdadera civilización sobre esta afirmativa, creída, profesada y practicada hasta la adhesión y el sacrificio. Nuestros adversarios y especialmente M. Renan, vienen á convenir en esto con nosotros, y agotan todas las palabras de admiración y de entusiasmo en homenaje á esta verdad. Todo lo que dicen para preconizar la influencia moral y social de Jesus en el mundo, ha tenido efecto solamente por la fé en su divinidad, fé que ellos repudian, pero que siempre ha sido la condición de esta influencia. La afirma-

tiva de la cuestion tiene pues á su favor, el voto del mundo y de la humanidad. En cuanto á la negativa, no sé si ha atraído muchos partidarios, por que no considero como tales á los que dudan; y la *duda*, segun M. Scherer, respecto de esta cuestion, es *la forma suprema de la ciencia*.

En tales condiciones, entre una afirmacion y la duda, tengo derecho para decir que es una concesion presentar la cuestion seriamente; en testimonio de lo cual solo citaré el efecto general que ha producido en la masa del público el libro de M. Renan, considerándolo como una temeridad y una paradoja, y todas las protestas manifiestas ó secretas que ha suscitado.

Pero en fin, concediendo que sea una cuestion formal la divinidad de Jesucristo (1), por el solo hecho de poder serlo, esta cuestion se resuelve afirmativamente por el buen sentido; ella implica su afirmativa.

La implica bajo dos puntos de vista, con relacion á Jesucristo y con relacion á nosotros.

Y en primer lugar, se concibe muy bien lo que significa con respecto á un ser el poder ser formalmente objeto de tal cuestion: el suscitarse esta y sostenerse desde hace diez y ocho siglos; el poder mantener seriamente á la humanidad en suspenso sobre si es ó no realmente Dios.

Segun una observacion juiciosísima que se atribuye á Napoleon, al dar sobre esta cuestion un parecer que es digno de su gran ingenio, Jesus es el único que se ha atrevido á decir claramente, no, *yo soy un Dios*, sino lo que es muy diferente, *yo soy Dios*. La historia no menciona á ningun otro individuo que se haya calificado á si mismo con este título de Dios en sentido absoluto.

Y en efecto, en este sentido absoluto, es tan grande la idea que tenemos de Dios, tan abrumadora, tan formidable es la distancia que de ella separa al hombre mas eminente, tan insuperable á la imaginacion misma, que el medirse con este ideal hasta identificárselo y personificárselo, es el colmo de la locura en cualquier otro sujeto que no sea Jesucristo, y no puede resistir una mirada de la razon. ¿Cómo se concilia esta afirmacion en Jesus solo, entre todos los mortales, con una sabiduria que debería excluirla mas que en otro alguno, si no la justificara?—¿Cómo pudo ser objeto de cuestion un instante en el torno de él, como lo vemos en el Evangelio, cuando paseándose Jesus bajo el pórtico de Salomon, le rodearon los judios, diciéndole: “Hasta cuándo tendrás nuestro espíritu en suspenso?” *¿Quousque animam nostram tollis?* (2)—¿Cómo, en una nacion en que era tan celoso y tan inviolable el culto de la Divinidad y en que lo fué con respecto al mismo Jesus, hasta el punto de ahogar con el último suplicio su pretension que se juzgaba blasfemadora, cómo volvió á levantarse esta pretension de su aniquilamiento, hasta presentarse al punto ante el consejo de los doctores y de los sacerdotes, y á hacerse tolerar allí segun el parecer del mas eminente de ellos:

[1] Cuando digo una cuestion, quiero decir, no en sí, mas en hecho, y en el estado de los entendimientos.

[2] Juan X, 24.

“Cuidado con que al fin, no os encontreis haber luchado con Dios mismo (1)?”—¿Cómo, partiendo de allí, con la rapidez de la luz y del rayo, fué á presentarse esta cuestion á un tiempo mismo, en todos los grandes centros de la civilizacion griega y romana: en Atenas, en Corinto, en Efeso, en Alejandria, en Antioquia y en Roma, y barriendo ante sí todas las repulsiones del entendimiento, de los sentidos, de la política, de la supersticion, y de la naturaleza, prevaleció la solucion que hizo caer el mundo á los pies del HOMBRE DIOS?—¿Cómo, habiendo sido embestida con el encarnizamiento de la rabia, del odio y del interés, por los judios, los filósofos, los sacerdotes y los césares, se mantuvo y se afirmó á los golpes que se la dirigian? ¿Cómo ha triunfado tantas veces, puesta nuevamente en cuestion por todas las heregias que no han cesado de agitarla durante diez y ocho siglos?—¿Cómo, en la única época, en el único siglo en que se negó abiertamente la divinidad de Jesus, fueron negadas y abismadas con ella y en ella toda religion y toda sociedad?—¿Cómo se han colocado entre los primeros discípulos de esta creencia, debiéndole las mas bellas inspiraciones de ingenio ó de virtud, todos los mas grandes ingenios y héroes de la humanidad?—¿Cómo, finalmente, en esta hora en que el progreso de las ciencias, de la industria y de la critica ha pasado por el tamiz del entendimiento humano todos los errores, todas las ilusiones, todos los abusos, y en que la audacia de la impiedad, acrecentándose con el feliz éxito, *se atreve á atacar al Dios de lo pasado y á mirar cara á cara á Aquel ante quien se han prosternado generaciones enteras de adoradores, cómo no se ha destronado definitivamente á este Dios de lo pasado?* ¿Qué digo? ¿Cómo es esta misma impiedad, la primera que se inclina ante Jesus, y que exalta en él al hombre hasta la divinidad, (2) para rehusarle su título legitimo, no pudiendo hacer mas que sustituir la idolatría de Jesus (3) á la verdadera religion de Jesus?

Es, pues, verdad: despues de haber JESUCRISTO presentado y hecho prevalecer en el mundo la afirmacion de que es Dios mismo, ha sostenido y desplegado este título por espacio de diez y ocho siglos, al través de cuantas pruebas pueden imaginarse; y en la hora presente, aun respecto de los que no adoran en él este carácter, lo equilibra lo suficiente para que sea objeto de cuestion, y para que esta no pueda resolverse contra él sino á costa de Dios mismo.

No: “No hay Dios en el cielo, si un hombre ha podido concebir y ejecutar con tan buen éxito el proyecto gigantesco de atraer á sí el culto supremo, usurpando el nombre de Dios (4).”

Pero, ¿qué es esto, si observamos que este nombre de Dios, este carácter, este ideal de la divinidad tan elevado, tan abrumador, tan formidable,

[1] Act. V, 29.

[2] Identificando la humanidad con la divinidad en el sentido panteista. (“La Religion y la Sociedad”)

[3] Idolatría, porque negando la union de la persona divina, diviniza á la humanidad, diciendo en sentido panteista que *absorbe mucho de lo divino*. (“La Religion y la Sociedad”)

[4] Juicio de Napoleon sobre Jesus.

no solamente lo equilibra y lo sostiene Jesús, sino que es el autor de su noción en el mundo?

Dice M. Renan, en su lenguaje.

“El principio de toda su fuerza, fué, en cierto modo, una elevada noción de la divinidad que no debió al judaísmo y que parece haber sido enteramente *la creación de su grande alma* (1).”

Antes de Jesús solo era conocido Dios en la Judea. En las demás partes, solo era un fantasma, obra variable de todos los delirios filosóficos del entendimiento humano, que solo se elevaba sobre la idolatría para desvanecerse en el escepticismo y en el ateísmo. En la misma Judea en que se había mantenido milagrosamente la noción de su unidad, de su potestad creadora y de su providencia, estaba restringido su culto á solo el templo de Jerusalem, limitado en su principal sancion á los beneficios de la tierra y envuelto en sombras y figuras. Era sobre todo, local y sin virtud de expansion en el mundo.

Solo Jesucristo reveló á Dios á los hombres, con todos los misterios y todos los atributos de su ser: su Trinidad, su paternidad, su santidad, su poderío, su sabiduría, su justicia, su misericordia y la conciliación maravillosa de todos estos atributos aplicados á la salvación del mundo en la encarnación de su Verbo y la redención del género humano. El conjunto de toda esta revelación es lo que constituye esta sublime noción que tenemos de Dios, aun fuera de la fé en los misterios de donde ella emana, y sin la cual, no obstante, se desvanecería esta noción. Pues bien, Jesús es su autor; él es el fundador del culto de Dios. Mas aún; es su objetivo, si es lícito hablar así, soberano; puesto que es en él y por él, HIJO encarnado é inmolado para la salvación del mundo, por quien es el PADRE conocido, invocado y adorado.

Citando M. Renan aquella gran palabra de Jesús á la Samaritana: «Mujer, créeme; ha llegado la hora en que no se adorará ya en esta montaña ni en Jerusalem, sino en que los verdaderos adoradores adorarán al PADRE en espíritu y en verdad,” no puede menos de decir: “El día en que pronunció Jesús estas palabras, fué verdaderamente Hijo de Dios. Dijo por vez primera la palabra en que descansara la religión eterna (2).”

No sé si por haber hecho lo que dijo, realizando la noción y el culto de Dios verdadero en el mundo, dejó de ser Jesús Hijo de Dios; pero lo que quiero decir únicamente aquí es, que la consecuencia que sacamos ya en favor de esta verdad, de la única cuestión, de la única suposición formal de que fuera Jesús Dios, se fortifica sumamente con la consideración de que el mismo Jesús es el autor de esta noción sublime de Dios, término de la ecuación constitutiva del problema.

Si se la debemos, en efecto, ¿cómo disputársela? ¿no justifica por esto mismo su atribución? ¿no es adecuada á su propia revelación? ¿quién sino Dios puede revelar á Dios? “Nadie conoce al PADRE sino es el Hijo (3)” dijo el mismo Jesús.

[1] *Vida de Jesús*, p. 74.

[2] *Vida de Jesús*, pág. 234.

[3] Math, XI, 27.

Mas aun, refiriéndose este ideal de Dios á la atribución que de él se hizo Jesús como HIJO, por quien y en quien se reveló así el Padre, no hay ecuación que establecer; esta noción de Dios es inherente á Jesús; es su sujeto revelador é irradiador en el mundo; y atribuyéndosela, no hacemos mas que referirla, no solamente á su autor, sino á su foco y á su esencia [1]. Y en su consecuencia, Jesús tanto es Dios, cuanto que esta concepción de Dios, está en Jesús, es Jesús mismo; y así pudo decir muy bien: “Yo y el Padre somos una misma cosa (2).”

En una palabra, la noción de Dios por la cual graduamos á Jesús, nos viene de él, está adherida á él, es él mismo. Es preciso, atribuírsela si no se la repudia, y M. Renan viene á confirmar esta consecuencia por medio de su método.

No es esto hablar teológicamente, nótese bien; ni aun es hablar filosóficamente; es referir historia; la historia, el génesis de la noción de Dios en el mundo, considerada en su relación con JESUCRISTO.

Hé aquí lo que contiene y á donde conduce la simple cuestión empeñada sobre la divinidad de JESUCRISTO, considerada con relación al mismo. Considerémosla ahora con relación á nosotros.

La noción de Dios, tal como la reveló al mundo el mismo JESUCRISTO, y tal como se personifica en él, es, por su santidad y por las condiciones de salvación que nos impone, una verdadera declaración de guerra á la naturaleza humana corrompida á quien viene á curar. La palabra de Jesús es: “aquella espada acerada y de dos filos” que el Apóstol de las visiones “vió salir de su boca (3).” — “No penseis que vine á traer paz á la tierra, dice el mismo Jesús; no vine á traer paz sino guerra. Porque vine á separar al hijo de su padre y á la hija de su madre.... Y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que halla su vida la perderá, y el que perdiere su vida por causa mia, la hallará (4).”

Este lenguaje, que tan divinamente se armoniza con aquel en que habla Jesús de la dulzura y de la suavidad de su yugo, no lo ha comprendido M. Renan, porque no le ha tomado el gusto. Así como en este lenguaje solo ha visto al “sutil y afable moralista de los primeros tiempos” así en aquel, solo ha percibido al gigante sombrío á quien una especie de presentimiento “grandioso lanzaba fuera de la humanidad, devorando la vida en su raíz, y reduciéndolo todo á un horrible desierto [5].”

Esta impresión de M. Renan es la de la naturaleza humana, tal como se le presenta á Jesús. Hacerse reconocer y aceptar por esta naturaleza, hacerla volver de los *Misterios de Adonis* á los del *Crucificado*; hacerse adorar y amar por ella, Dios en la Cruz, revelar la Divinidad presentándola bajo el aspecto mas saludable, pero el mas horrible para el mundo, *escándalo al*

(1) Digo el foco, como se dice el sol por su rayo.

(2) Juan, X, 30.

(3) Apocal., I, 16.

(4) Math. X, 34—39.

(5) *Vida de Jesús*, p. 312.